

**LA CASA DE
BERNARDA ALBA**

Federico García Lorca

**LA CASA DE
BERNARDA ALBA**

DRAMA DE MUJERES
EN LOS PUEBLOS DE ESPAÑA

Ilustraciones de Juan Pintor

**ESDR JULIA**
EDICIONES

{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, noviembre 2025
© Del texto, Federico García Lorca, 2025
© De las ilustraciones, Juan Pintor, 2025
© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES
Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada
www.esdrujula.es
info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Mariana Lozano Ortiz
Ilustraciones de cubierta e interior: Juan Pintor
Maquetación: Noelia Cortés
Impresión: Centro Gráfico Digital

Esta edición ha sido auspiciada por el Ayuntamiento de Valderrubio,
la Casa-Museo de Federico García Lorca en Valderrubio y
la Casa de Bernarda Alba.

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1443-2025

ISBN: 979-13-991064-3-5

Impreso en España · Printed in Spain

PRÓLOGO

Hay obras que parecen destinadas a vivir en blanco y negro, y sin embargo, en manos de un artista, se llenan de matices que nunca habríamos imaginado. *La casa de Bernarda Alba*, la última obra teatral de Federico García Lorca, escrita en 1936, es una de esas piezas que llevan el color escondido entre las líneas, esperando que alguien lo despierte. Y esta edición ilustrada lo hace: abre una ventana por la que la luz —y las sombras— entran a raudales, enriqueciendo cada rincón del texto.

Lorca no nos lleva aquí a los grandes palacios de su poesía surrealista ni a los campos andaluces de sus romances. Nos envuelve, con un gesto seco y definitivo, en el luto asfixiante de una casa cerrada a cal y canto. Dentro, ocho mujeres —Bernarda, sus cinco hijas, la Poncia y María Josefa— conviven bajo una tensión que es como un hilo de alambre: invisible, pero capaz de cortar. No hay aire, no hay luz que entre por las ventanas; lo único que circula libre es el deseo, y es precisamente este deseo, el que enciende la tragedia.

Lorca nos encierra en una casa asfixiada por el luto, donde el calor del verano y la rigidez de la moral se funden en una

atmósfera sofocante. Allí, estas mujeres conviven en un espacio donde todo está vigilado: el gesto, la palabra, el deseo. El aire se vuelve tan denso que casi puede tocarse.

Pero a pesar de la dureza de la obra, también asoma la ternura de quien mira a sus personajes con compasión. Lorca, como buen poeta, no juzga: muestra. Y al mostrar, nos invita a mirar más allá del gesto de Bernarda, de la sumisión de su hija Angustias, la mayor, resignada al matrimonio por dinero. Magdalena, melancólica y cínica. Amelia, sumisa y discreta. Martirio, resentida y atormentada por un amor prohibido. Adela, la menor, impulsiva y rebelde. La Poncia, confidente, y María Josefa, la madre de Bernarda, que simboliza la libertad y la locura, y nos recuerda que bajo el negro del luto hay siempre un corazón que late.

Y en esta versión ilustrada, ese aire se materializa: se vuelve bruma gris sobre los dibujos, una ventana con su reja cerrada a cal y canto, el sonido de las campanas y la sombra que avanza lentamente por el suelo hasta envolver a los personajes.

La ilustración no solo traduce la obra; la amplifica. Los negros del luto no son simples bloques de color, sino mares profundos donde flotan personajes portando el féretro. El verde del vestido de Adela, que en el texto es símbolo de vida y rebelión, aquí brilla como un golpe de luz balanceándose en una soga, que pone fin a su vida. El amarillo intenso de las manos autoritarias, el rojo bermellón, sobre un bastón roto, rebelándose a la autoridad. El azul de un cielo que apenas se ve por una rendija o entre las campanas: cada elección cromática cuenta una historia paralela, recordándonos que Lorca pintaba con palabras, y que el ilustrador ahora pinta con pigmentos esa misma música dramática.

La fidelidad al espíritu lorquiano no es solo reproducir sus diálogos, sino conservar su misterio. Y este trabajo lo consigue: cada ilustración está impregnada de ese amor por la obra que solo nace cuando quien dibuja entiende que Lorca no escribió simplemente un drama rural, sino una alegoría universal sobre la opresión, la libertad y el deseo.

Cada ilustración respira la tensión lorquiana: los encuadres cerrados, las sombras largas, las rejas que se convierten en fronteras insalvables. La luz, siempre medida, entra solo para acentuar la tragedia, igual que en un escenario teatral. Y sin embargo, por más que la opresión sea visual, los colores nos hablan de la vida que late debajo: el deseo es un rojo escondido; la esperanza, un verde breve; la rebeldía, un amarillo fugaz.

El autor consigue que cada trazo en el dibujo encierre un secreto, como si las líneas fueran hilos de un tapiz invisible donde lo visible no es más que la superficie. El caballo, representa la fuerza del instinto, el erotismo el deseo de correr libre... El trigo crece como promesa de abundancia y símbolo de masculinidad. El cinturón de castidad introduce un eco de represión y de deseo contenido, reflejo de la España de la posguerra, donde la moral rígida y el control social convivían con pulsiones íntimas que buscaban liberarse. Las campanas que cuelgan del aire no son simples instrumentos de sonido, sino guardianas del tiempo. Marcan nacimientos, muertes, fiestas y alarmas; el bastón y la escopeta, como símbolos de poder. Cada una de las ilustraciones adquieren pleno sentido en el contexto de esta fantástica obra de teatro.

Lorca decía que el teatro debía ser «poesía que se levanta del libro y se hace humana». Esta edición ilustrada toma esa

poesía, la viste de tinta y color, y nos la pone delante, viva, palpitante, casi al alcance de la mano. Al pasar estas páginas, no solo veremos a Bernarda golpear el suelo con su bastón, o a Adela desafiar con sus ojos verdes: sentiremos cómo esa casa también nos aprieta el pecho. Y quizá, al cerrar el libro, descubramos que las paredes de Bernarda siguen, en algún lugar, habitando las nuestras.

Esta edición ilustrada no es un simple vehículo narrativo, sino un teatro en papel donde la poesía de Lorca puede respirar con otros órganos: el del trazo, el del color, el del silencio visual. Porque La casa de Bernarda Alba es más que texto: es una partitura de tensiones, y aquí la vemos interpretada con otra música, distinta pero fiel.

A Federico,

que pintó con palabras la luz y la sombra de un encierro.

A las mujeres que aún visten de negro

pero sueñan en verde.

A quienes saben

Que incluso en la casa más cerrada

el color encuentra su grieta.

A Juan Pintor,

que con su trazo y sus colores abrió las ventanas de la casa.

Al Ayuntamiento de Valderrubio,

por custodiar la memoria y dejar que el arte siga respirando.

JOSÉ JAVIER GARCÍA MONTERO

La casa de
Bernarda Alba

ACTO I

Prolegómeno e Inventario

Habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas.

(Sale la Criada)

CRÍADA: Ya tengo el doble de esas campanas metido entre las sienes.

LA PONCIA: *(Sale comiendo chorizo y pan)* Llevan ya más de dos horas de gori-gori. Han venido curas de todos los pueblos. La iglesia está hermosa. En el primer responso se desmayó la Magdalena.

CRÍADA: Es la que se queda más sola.

LA PONCIA: Era la única que quería al padre. ¡Ay! ¡Gracias a Dios que estamos solas un poquito! Yo he venido a comer.

CRÍADA: ¡Si te viera Bernarda...!

LA PONCIA: ¡Quisiera que ahora, que no come ella, que todas nos muriéramos de hambre! ¡Mandona! ¡Dominanta! ¡Pero se fastidia! Le he abierto la orza de chorizos.

CRIADA: (*Con tristeza, ansiosa*) ¿Por qué no me das para mi niña, Poncia?

LA PONCIA: Entra y llévate también un puñado de garbanzos. ¡Hoy no se dará cuenta!

VOZ (*Dentro*): ¡Bernarda!

LA PONCIA: La vieja. ¿Está bien cerrada?

CRIADA: Con dos vueltas de llave.

LA PONCIA: Pero debes poner también la tranca. Tiene unos dedos como cinco ganzúas.

VOZ: ¡Bernarda!

LA PONCIA: (*A voces*) ¡Ya viene! (*A la Criada*) Limpia bien todo. Si Bernarda no ve relucientes las cosas me arrancará los pocos pelos que me quedan.

CRIADA: ¡Qué mujer!

LA PONCIA: Tirana de todos los que la rodean. Es capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara. ¡Limpia, limpia ese vidriado!

CRIADA: Sangre en las manos tengo de fregarlo todo.

LA PONCIA: Ella, la más aseada; ella, la más decente; ella, la más alta. Buen descanso ganó su pobre marido.

(*Cesan las campanas.*)

CRIADA: ¿Han venido todos sus parientes?

LA PONCIA: Los de ella. La gente de él la odia. Vinieron a verlo muerto, y le hicieron la cruz.

CRIADA: ¿Hay bastantes sillas?

